TEOLOGÍA REFORMADA

Una sencilla explicación

de los doce artículos de la fe cristiana

Pedro Mártir Vermigli · 1544

MUESTRA

Índice
Nota a esta edición
A los lectores cristianos
Artículo primero (comienzo)

Tapa blanda, 5 × 8 pulgadas, 92 páginas.
Páginas tal como se imprimen en el libro.

catolicismoreformado.com

Índice

Nota a esta edición 7
A los lectores cristianos: gracia y paz por Jesucristo nuestro Señor 11
Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra 13
Creador del cielo y de la tierra 16
Otros cinco artículos, pertenecientes a la persona del Hijo 18
Concebido del Espíritu Santo y nacido de la virgen María 25
Padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, murió y, habiendo sido sepultado, descendió al infierno 29
Fue sepultado y descendió al infierno 35
Resucitó al tercer día, subió al cielo y está sentado a la diestra del Padre todopoderoso 38
Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos . . . 47
Creo en el Espíritu Santo 54
Creo en la santa Iglesia católica, la comunión de los santos 61
El perdón de los pecados 75
La resurrección de la carne 80
Y la vida eterna 85

Muestra · catolicismoreformado.com

Nota a esta edición

Pedro Mártir Vermigli publicó esta explicación del Credo en italiano, en Basilea, en febrero de 1544. Su título era *Una semplice dichiaratione sopra gli XII articoli della fede christiana*.

Su versión latina está en los *Loci Communes*, la colección de sus escritos que reunió Robert Masson. Allí ocupa el capítulo 18 de la segunda parte.

Muestra · catolicismoreformado.com

A los lectores cristianos: gracia y paz por Jesucristo nuestro Señor.

Vivir al azar no casa en modo alguno con la condición y el juicio de los hombres prudentes y sabios. Al contrario, se juzga propio de ellos poder dar un motivo verosímil y una razón justa de cada una de sus deliberaciones y de sus hechos. Y si todos, sin discusión, quieren que así sea en los hombres de valía, sobre todo cuando tratan asuntos de importancia, ¿cómo es, hermanos muy amados, que los cristianos de hoy se desentiendan tanto de entender lo que contiene su fe, y que les preocupe tan poco, o nada, saber cuánto importa y qué quiere decir ser cristiano? Y, sin embargo, el cristianismo consiste en profesar una sabiduría celestial, más aún, divina; y el fin que en él se busca no es un grado o una condición cualquiera, sino la bienaventuranza final, deseada por todos. Tampoco es este un comercio de oro, de joyas o de plata, sino del reino celestial; ni lo que está en juego en este asunto es el arreglo de un día o el gobierno de una semana, sino el orden de toda nuestra vida. Por eso, todo el que lleva la señal o el título de nuestra religión cristiana debería animarse a menudo a examinar con diligencia su fe; y si, al examinarla, advirtiera acaso que se queda corto, sería su deber dar a conocer esa falta a quienes pudieran socorrerlo en esa necesidad.

Pero muchos excusan su ignorancia y su negligencia diciendo que hoy hay pocos que quieran o puedan tender la mano de la ayuda espiritual a quien yace en las tinieblas de la ceguera común.

Muestra · catolicismoreformado.com

No quiero que tengan ya una defensa tan aparente y verosímil de esa negligencia y esa ignorancia. Tampoco quiero que me acusen con justicia de haberme retraído, como hombre malvado o descuidado, cuando podía dar alguna luz y estaba obligado a ello por el deber perpetuo de la caridad cristiana. Con ese fin me he propuesto exponer con claridad, para consuelo de todos, en el breve tratado que sigue, los dichos concisos y sentenciosos de la fe cristiana que comúnmente se llaman artículos. Son palabras que cada día se dicen, se leen y se oyen, y que, por lo general, nunca o rara vez se saborean como es debido. Así, en lo que sigue, los iré tratando en orden, uno por uno, de un modo más claro, y me esforzaré por explicarlos en la medida en que el Espíritu de Jesucristo nuestro Señor se digne concedérmelo. De su favor no dudo en absoluto, pues sé que todo esto se ha emprendido para su gloria y para provecho de sus santos miembros. Por eso estoy seguro de que la tela de nuestro discurso se tejerá por su inspiración hasta el fin, así como fue urdida desde el principio por impulso de su Espíritu.

Muestra · catolicismoreformado.com

ARTÍCULO PRIMERO

Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra

Todas las sentencias y artículos de nuestra fe no expresan otra cosa que el conocimiento de nuestro bendito Señor Dios. Y como no podemos comprenderlo tal como es según su naturaleza, entero y todo a la vez, se nos da a gustar así, por diversas partes, ahora un sabor y ahora otro. Y como en la naturaleza divina hay Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas de una misma sustancia, todo lo que creemos pertenece a alguna de ellas. De ahí que este primer artículo, que se refiere en particular al Padre, nos ponga delante cuatro cosas notables: la primera, que aquel en quien crees es verdaderamente Dios; la segunda, que es Padre; luego, que es omnipotente; y por último, que es autor de todas las criaturas.

Pero veamos por partes qué quiere decir propiamente «Creo en Dios». Ciertamente no podemos explicarlo de otro modo que así: «Reconozco a Dios como Dios». Y si te preguntaran qué significa esta palabra, «Dios», deja a un lado la sutileza de la prudencia humana y el mar infinito, incomprensible y muy profundo que esta pregunta abre, y di con toda confianza, sin alambicar ni devanarte mucho los sesos: Dios es el bien eterno, el único del que procede todo otro bien. De aquí se ve que quien aprecia alguna cosa tanto como a Dios, o más que a él, no puede decir con rectitud y verdad: «Creo en Dios».

Muestra · catolicismoreformado.com

Porque, si lo tuviera por su bien supremo, no le igualaría ni le antepondría cosa alguna. Tampoco cree bien en este artículo quien pone sus esperanzas fuera de Dios, pues no hay esperanza alguna que no sea de algún bien. Por eso, si Dios es (como hemos dicho) el bien del que desciende a nosotros todo bien, quien lo espera de otra parte no cree en él con fidelidad. Hay más: tampoco saborean de verdad esta primera sentencia de nuestra fe quienes atribuyen a su propia justicia, a su habilidad, a sus obras y, en fin, a sí mismos los bienes de que gozan. ¿Y qué diremos de los que, siguiendo ciertos planes vanos o ciertas resoluciones filosóficas, civiles o bestiales, se han fijado unos fines propios, en los que ya descansan de hecho, aunque mal, o esperan y se afanan por descansar, si les sale bien? Estos, para decirlo claro, no tienen por Dios a Dios, sino a sus fantasías e invenciones. No es poco —créanme— tener por Dios al Dios verdadero; y por eso con razón escribió David sobre esto en el Salmo 144: «Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová».[1]

Ya hemos visto qué es creer en Dios, pero aún no hemos dicho por qué causa lo llamamos Padre. Esto nace de dos motivos principales: el uno, que es Padre de Jesucristo nuestro Señor, el cual en la naturaleza divina se cuenta como segunda persona; el otro, que también le ha agradado ser y llamarse Padre nuestro, como quien reparte y comunica entre nosotros tanto su herencia como su naturaleza. Así Pablo, en su carta a los romanos, nos llama «herederos de Dios»,[2] y Pedro, en su carta, «participantes de la naturaleza divina».[3] Y estas son las dos cosas principales que hacen los padres con sus hijos: primero, hacen que los hijos, en la medida en que les es dado, se les parezcan en naturaleza y costumbres; y al final los dejan herederos y los enriquecen con sus bienes. La semejanza que los regenerados tienen con Dios, su Padre, es sabiduría, justicia, sencillez, fortaleza, caridad y otras disposiciones celestiales y divinas

[1] Salmo 144.
[2] Romanos 8.
[3] 2 Pedro 1.

Muestra · catolicismoreformado.com

como estas, por las que se muestran tales como fueron creados: a imagen de Dios. Y la herencia esperada de tan gran Padre nuestro es la vida bienaventurada y sempiterna.

Esta paternidad es otra cosa que habernos engendrado en carne y hueso. Y hay, por cierto, gran diferencia entre su herencia de vida eterna y las donaciones y testamentos que se hacen de campos, viñas, casas, ganados, dinero y otros bienes cualesquiera; aunque tampoco tenemos ninguna de estas cosas sino por él. Pero ahora hablamos solo de aquello por lo que se le llama especialmente Padre de los renovados en Cristo. Quien creyera esto de corazón, como conviene, no se apartaría tanto de las bellas cualidades de este Padre nuestro, ni parecería, con sus hechos feos e indignos, el retrato de un hijo ilegítimo, como hoy sucede con la mayoría. A esta semejanza con el Padre nos invitó nuestro Cristo cuando dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial».[4] Tampoco calló la herencia bella y rica, pues dijo a Pedro: «A quien por mi nombre haya dejado sus cosas, no solo se le devolverán cien por cada una de ellas, sino que además poseerá la vida eterna».[5] Quien cree y espera con fidelidad tan grande herencia, así como no se engríe demasiado con la prosperidad del mundo, tampoco se entristece más de lo justo con las duras adversidades, como quien tiene puesta la mira en bienes mayores y más amplios. Y no concibe que todo el trabajo o la desgracia que puedan sobrevenirle en su vida igualen esos bienes ni guarden proporción con ellos.

Pero ya es hora de pasar al tercer punto: lo que se sigue de creerlo omnipotente.

Primero: que por su poder pudo producir (como se dirá más adelante) todo lo que el cielo y la tierra contienen. Después: que, si quiere guardarme por completo de todo mal y proveerme de todo bien, por ser yo de muchas maneras obra suya, puede hacerlo sin

[4] Mateo 5.
[5] Mateo 19.

Muestra · catolicismoreformado.com

obstáculo alguno, pues es (como creemos) omnipotente. De aquí depende, como de una base bien fundada y firme, toda la fuerza de nuestra fe, porque todo lo que la prudencia humana, el mundo, la carne, el juicio de los sentidos y la tentación del diablo pueden oponer a las promesas divinas y a las Sagradas Letras se rebate con este artículo. Así escribe Pablo a los romanos que Abraham dio gloria a Dios, creyendo que Dios podía cumplir perfectamente todo lo que le había prometido, aunque eso no pudiera cuadrar con el curso y las fuerzas de la naturaleza.[6] Por tanto, todo lo que te propongan los hombres importunos o tus propios pensamientos molestos, sea lo que sea, contra lo que te narran los sagrados oráculos o contienen las promesas divinas, debes tenerlo en nada, comparándolo con el poder infinito de Dios y con su voluntad paternal hacia nosotros, que aquí profesas creer. Y no olvides que no se hacen milagros ni se atienden las oraciones si no se da entera fe a esta omnipotencia de Dios y a su afecto amoroso. Por eso decía Cristo en el Evangelio: «Al que cree todo le es posible».[7] Nos queda por exponer la última cláusula de este primer artículo.

Creador del cielo y de la tierra

Aquí se disipa el error que las escuelas de los filósofos quieren hacer creer: que el mundo nunca tuvo principio y que es imposible que haya sido hecho de la nada. En esto nuestra vista (hablo de los fieles) alcanza mucho más lejos que la de ellos. No está bien querer medir con la vara de las obras naturales lo que Dios produce y hace. Además, por esto mismo creemos que, si él fue el creador de las cosas, él mismo es también su conservador continuo. Porque, ciertamente, si su fuerza no rigiera todo lo que ha hecho, todas

[6] Romanos 4.
[7] Marcos 9.

Muestra · catolicismoreformado.com